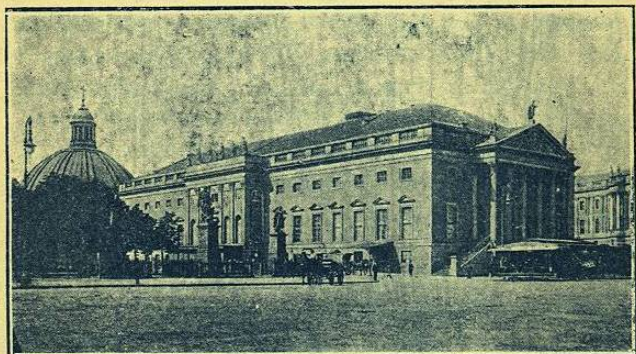


errante que llevo de algún tiempo á esta parte, que sobre ser agitadísima, absorbe todo mi tiempo y gran parte de mi atención. Dejo, pues, en el tintero el asunto indicado y un párrafo relativo á los jóvenes Villaseñor y Carrillo, aprovechados pensionados de nuestro Gobierno, á quienes acabo de saludar. Hasta mi próxima, que será remitida de Viena ó Munich.

Diciembre 15 de 1900.



Munich, Noviembre 26 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Suc.

México.

**Conciertos y Operas en Leipzig, Viena
y Munich.**

EN mi última correspondencia creo haberme comprometido á dedicar un párrafo especial al 5º Concierto de abono verificado en la Gewandhaus de Leipzig, y cumplo la promesa empeñada. Si mal no recuerdo, pareceme también que ya me referí á la hermosa sala de Conciertos—de las primeras en Europa—en que se llevan á efecto las audiciones, y al admirable y admirado director Nikisch, que es hoy por hoy, una de las notabilidades del mundo musical. Me

limitaré, pues, á reproducir el programa, estampando á continuación mis impresiones.

Helo aquí:

PRIMERA PARTE.

- Obertura de Concierto* CHERUBINI.
Compuesta para la Sociedad Filarmónica de Londres, obra póstuma.
Por vez primera en Leipzig.
- Concierto*..... LISZT.
(Piano y orquesta, núm. 1). Ejecutado por Sofia Menter.
- Tres bailables* RAMEAU.
(Arreglo libre para Concierto, por Motl). Por vez primera en Leipzig.
- Aires tziganos*..... S. MENTER.
(Piano y orquesta). Sofia Menter. Instrumentación
de Tschaikowsky.

SEGUNDA PARTE.

- Sinfonía*..... L. VAN BEETHOVEN.
Núm. 2. Op. 36.

La Obertura de Cherubini no es de aquellas obras que producen una impresión inolvidable. Es digna seguramente de su célebre autor, del sabio director del Conservatorio de París que tanto odió á Berlioz y á quien esto hizo deglutir en venganza, tantas *serpientes de cascabel*, según refiere en sus *Memorias*; es, en suma, una composición irreprochablemente escrita, impecable en su forma y bien orquestada, pero en la que ya han hecho mella los años, y en tal virtud, no pue-

de acomodarse á las actuales corrientes de modernismo. Se podrá admirar como trabajo; pero no se siente como inspiración.

Del encantador Concierto de Liszt no tengo que ocuparme, pues es bien conocido en México, desde la lejana época en que Meneses, el primero de nuestros pianistas, hizo su *debut* con él en el Teatro del Conservatorio. Han pasado largos años desde entonces, y ahora, al volver á escucharlo, renováronse mis recuerdos y ratifiqué mis primitivas impresiones. Aunque es, como la mayor parte de las de Liszt, una obra libre, caprichosa y fantástica, tiene siempre inmenso atractivo, gran novedad, la novedad de lo imprevisto, tan peculiar en Liszt, y un intenso sentimiento poético que proporciona la oportunidad al pianista para lucir sus dotes de intérprete. Ahora bien, habíaseme asegurado que *nadie*, en la actualidad, podía equipararse con la Menter en la interpretación del referido *Concierto*, y esperaba tanto, tanto, que mis esperanzas superaron á la realidad. . . .

Sé que voy á cometer un desacato al expresar mi franca opinión; pero no tengo por qué ocultarla.

Allá va en dos palabras: la Menter no me satisfizo. Es seguramente una grande artista que se burla de las dificultades técnicas, que las vence. . . . hasta cierto punto, más por maña que por dominio absoluto, á lo menos en la actualidad;

pero es la grande artista que no está ya en el apogeo, que declina irremisiblemente, y que, en tal virtud, altera, modifica y *acomoda* á su voluntad, sin tener ya en su descargo las atenuantes de la juventud, que muchas veces significan concesiones justificadas. Prefiero seguramente á su discípulo Sapellnikof, á quien me referí en mi anterior correspondencia, pianista lleno de cualidades, inspirado, correcto, é intérprete en el que mucho irradia del fuego sagrado.

Me alargaría sobremanera si hubiere de pormenorizar. Expongo mi impresión y nada más, y para desvirtuarla, á fuer de leal, debo añadir que el público hizo á la Menter una verdadera ovación. Queda sólo por saber si fué á la artista del presente ó del pasado. . . .

Tantas cosas curiosas he observado en Europa, que á veces dudo de mí mismo. En París he presenciado la más frenética de las ovaciones tributada á un cantante sin voz. pero que tiene un nombre glorioso; en Lóndres hay ruinas artísticas que ganan aún millones; en Bruselas ví festejar á un mediano director de orquesta, que es una celebridad. como violinista, y ¿qué más? aquí mismo, en Munich, que es de la Alemania la ciudad artística por excelencia, acabo de escuchar al peor, al más intolerable de los tenores, á quien el público acoge con benevolencia y hasta con aprobación y aplauso.

Con todo esto, caros lectores, vayan ustedes atando cabos y díganme si no hay para perder los bártulos.

En fin, queda cometido el desacato. . . . y adelante.

Los *Bailables* de Rameau, preciosamente reorquestrados por Motl, son simplemente deliciosos, gentiles, llenos de gracia ingenua y de colorido.

La *Suite* se compone de tres números: *Minuetto*, *Musette* y *Tambourin*, á cual más finos y acentuadamente arcaicos. Creo que los tres existen en la colección de obras para piano de Rameau; pero no me cabe duda de que el tercero figura en ellas y lo recomiendo á los *amateurs*.

Hago punto omiso del número inmediato del que no me enteré lo suficiente, y para conclusión de la revista del Concierto, consigno la gratisima é inolvidable impresión que experimenté escuchando la soberbia *Sinfonía* del más sublime de los compositores.

Como es bien sabido, ésta se clasifica entre las composiciones de la primera manera del maestro, es decir, pertenece á un período primitivo de su carrera; no obstante ¡qué superior inspiración la que revela, y cuánta poesía y sentimiento desbordan de toda ella! ¡Qué placidez en aquel divino *Larghetto*! ¡qué gracia y qué fluidez en el *Scherzo* y qué viril energía en el *Allegro* final!

Bueno es advertir, sin embargo, que gran parte del efecto incumbe á la orquesta de la Gewandhaus, cuya interpretación perfecta, irroprocha-

ble, sentida como en admiración y éxtasis, puede citarse como modelo y supera á cuantas he escuchado hasta la fecha. Nikisch es, sin duda, un gran director; pero su batuta sería impotente para imponerse si no contara con una masa orquestal tan compacta, tan dócil, tan disciplinada, y sobre todo, tan experta. Cuando se reflexiona en que cada profesor de esa orquesta ha invertido media existencia en la tarea de estudiar á los clásicos, y que todos ellos tienen la garantía del trabajo y de la vida material, no sorprende que se llegue á alcanzar tal perfección: sorprendería que no la hubiesen alcanzado

Ahora, si al lector le place, abandonemos la vieja ciudad natal de Wagner, y de un salto—un salto de más de 12 horas de camino de fierro—pasemos á la suntuosa y bellísima Viena, la gran capital de Austria, bañada por las azules ondas del Danubio. Hagamos punto omiso de Dresden y Praga, interesantes ciudades de las que hablaré en otra ocasión, y de otro salto—esta vez más pequeño—lleguemos á la plaza principal, con su soberbia catedral de San Esteban, crucemos la magnífica Kärtnertrase, una de las más elegantes y concurridas de Viena, y lleguemos á la Grande Opera, monumental edificio que da nombre á uno de los *boulevares* de la ciudad interior.

El Teatro de la *Opera de la Corte*, como se le llama, es, ya lo he dicho, un monumental edificio de estilo Renacimiento francés. Fué construido

de 1861 á 69, y está decorado interior y exteriormente con un gusto y una elegancia fuera de toda ponderación. La escalera, si no tan hermosa como la de la Grande Opera de París, que no tiene igual en el mundo, es suntuosa y rica, y el *foyer* contiene pinturas y esculturas altamente artísticas. El interior es deslumbrador; es más ligero en su ornamentación, y quizás más simpático que el que acabo de mencionar, y la profusión de oro no llega al exceso como en ese.

La compañía de ópera que actualmente funciona, es bastante selecta, muy superior á la de Berlín, y con mucho, á la de Munich.

Llevábame á Viena, entre otros, el afán de escuchar algunas obras de Wagner, y cúpome la mala suerte—como también en Munich—de que no figuraran en el cartel.

Asistí, empero, á una de las primeras ejecuciones de una nueva ópera en un acto: *Der Bundschuh*, original de Reiter, y á la primera de la leyenda de Liszt: *Santa Isabel*, montada en escena á guisa de drama lírico.

Como no conocía la primera obra ni pude enterarme satisfactoriamente del asunto, me es imposible emitir una opinión razonada; parecióme la música inspirada, dramática en alto grado y de todo punto moderna en su forma. Hay en ella dos frescos coros de aldeanos y un *dúo* de tenor y soprano, que con justicia fué muy aplaudido.

La *Santa Isabel*, de Liszt, no es adecuada para la escena. Por bien montada que esté—y lo estuvo en Viena de admirable manera— resulta monótona, lánguida y no poco fatigosa. Por otra parte, no es de las obras más inspiradas del gran pianista, y de ahí, que no haya logrado despertar ni el interés, ni el entusiasmo del público. Tiene, empero, fragmentos deliciosos que, extractados, producirían magnífico efecto en las salas de Concierto.

Los *ballets*: *El Vals Vienés* y *Die Puppenfee*, de Bayer, y la *Sylvia*, de Délibes, montados con iguales atractivos é idéntico lujo que en París, hicieron el gasto durante mi corta permanencia en la capital austriaca. Huelga que hable de ellos detenidamente, pues aunque su valor musical no es nada escaso, todo su efecto depende del decorado, trajes y escena, y más que nada, del conjunto de bellezas femeninas que allí se exhiben.

Desearía escribir largamente acerca de un Concierto verificado en la sala de la *Musikverein*—espléndida por cierto—con el concurso del violinista Burmester, de grande empuje, sea dicho entre paréntesis; del *recital* de piano dado en la sala Bösendorfer, por el gran concertista Risler (noche consagrada á Beethoven), y de tanto bueno é interesante como he escuchado en esta pacífica y artística capital de la Baviera; pero, co-

mo de costumbre, el tiempo y el papel me faltan, y no puedo llevar á efecto los propósitos con que doy principio á mis correspondencias.

Vuelvo, pues, á poner puntos suspensivos que espero llenar pronto en París.

Después. un largo paréntesis aún; el inmenso y nebuloso Océano; muchas millas de tierra extranjera. y luego, la Patria, los profundos afectos, el hogar, en fin, un rincóncito pobre y amado que no trocaría por todas las grandezas de esta culta y secular Europa.

Así son las ambiciones de la vida. El afán de venir á este mundo desconocido, no es comparable con el que se alienta por regresar á donde hay corazones y vidas que son nuestros, que nos pertenecen!

¡Inmenso viaje! pero también ¡qué inmensas ilusiones y cuán grandes alegrías!

Enero 1.º de 1901.

